

1

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA

FERRAN
RAMON-
CORTÉS

ó



BUEN VIAJE

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2020 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS



Me llamo Pau, y de pequeño veraneaba en la isla de Menorca. Me encantaban los faros, y una tarde cuando tenía siete años mi padre me llevó a ver el encendido del más espectacular, el de Cavallería. Se encuentra en un acantilado de ochenta metros de altura, y marca el norte de la Isla. Llegamos al faro con los últimos rayos de sol. Oscurecía, y nos dirigimos al edificio donde nos recibió el farero, un hombre mayor, de unos sesenta años, con los rasgos marcados probablemente por el viento y el sol. Subimos rápidamente por una estrecha escalera de caracol, hasta llegar a la cúpula del faro. El tiempo apremiaba. Allí me sorprendió ver un enorme mecanismo óptico que daba vueltas, y en el centro, una antorcha de gas que una vez encendida produciría la luz. El proceso de encendido era todo un ritual, que el farero nos fue mostrando paso a paso, explicándonoslo con todo detalle. Aquella visita me quedó grabada para siempre en la memoria.

Diecisiete años y pico después, a mis veinticuatro años, en una visita a Cavallería (no puedo resistirme a hacerla cada vez que voy a la Isla) me colé en el recinto del faro; un faro que ahora es automático, y que ya no se puede visitar. Saltando la valla me acerqué al edificio, para recordar aquella entrañable experiencia de niño con mi padre. Perdido en mis recuerdos, y cuando lo rodeaba, me di de bruces con él: el Farero. Había envejecido, pero sus ojos mostraban la misma energía de cuando lo conocí, casi dos décadas antes.

- Creo que no deberías estar aquí.
- Lo siento. Tengo una debilidad por el faro. No he resistido la tentación...
- Pues lamento decirte que tu incursión no te saldrá gratis.
- Lo asumo. ¿Cuál es el precio?.
- Entra. Lo descubrirás enseguida...

Entré en el edificio. Y me encantó, aunque como ocurre a menudo con los recuerdos de infancia, lo recordaba mucho más grande. Pude ver por el rabillo del ojo el acceso a la cúpula, por la ahora oxidada escalera de caracol. Ojalá pudiera subirla, pero el farero me llevó derecho a un

rincón de la sala principal. Allí me encontré ante una escalera de mano de madera, apoyada en la pared, en precario equilibrio.

- Necesito que subas. Y que conectes el cable negro que sube por la esquina a la caja que hay en el techo. Es la fibra óptica. Yo no llego, y la necesito.

Me fascinó su petición; a sus probablemente setenta y tantos años quería -necesitaba en sus palabras- estar conectado al mundo. Encaramado en la escalera, y haciendo equilibrios (entendí que él, a su edad no hubiera querido hacerlo) de repente le oí llamándome por mi nombre.

- ¿Sabes Pau?, vi en ti hace diecisiete años a un niño muy especial. Y tenía la esperanza de que un día volverías.



Este fue el inicio de nuestra historia. De mi historia. De mi viaje de aprendizaje.

A los siete años, el Farero (nunca supe ni quise saber su nombre de pila) me enseñó los faros. A mis veinticuatro, desde su inmensa sabiduría (que tardé mucho en saber de dónde procedía), me enseñó a vivir.

¡BUEN VIAJE!

- Conectado, todo en orden.
- Pues imagino que querrás subir a la cúpula...

Me había leído el pensamiento. Subimos. Yo como una flecha. Él con el paso más lento. El complejo mecanismo óptico seguía allí, girando. De la antorcha de gas no había ni rastro.

- El faro es automático. Está programado. Y un sensor avisa si algo falla. Me temo que como Farero ya no soy muy necesario.
- Pero sigues aquí.
- Me dejan, y supongo que me siento en casa...

Pasamos una buena media hora en la terraza que rodeaba la torre. Cuando el frío empezó a calarme, me ofreció refugio.

- Bajemos. Y te cambio tu historia por una pomada.

Ya no me acordaba de las pomadas. Una bebida típica de la Isla: una mezcla del Gin isleño con zumo de limón. Deliciosa en pequeñas dosis. Traidora si se abusaba... lo sabía por experiencia. Acepté encantado:

- ¡Hecho! Te sigo.

Instalados en la pequeña cocina, y pomada en mano, el Farero se limitó a mirarme fijamente a los ojos. Hasta que, consciente de que me tocaba a mi hablar, inicié mi relato.

- Me conociste con siete años. Ha llovido mucho desde entonces... pero he seguido viniendo a la Isla cada verano. Perdí a mis padres ya hace un tiempo. Primero se fue mi padre. Un año después mi madre. Creo que lo añoraba demasiado. Vivo en Barcelona, y tengo una pareja maravillosa, Laia; no llevamos

mucho tiempo juntos pero la quiero mucho. Sin embargo no está estos días conmigo. Me he escapado solo, aprovechando las vacaciones de Semana Santa, porque estoy hecho un lío. Laia está a punto de tomar una decisión vital equivocada, y no sé cómo disuadirla. Lo intenté, y nos discutimos. Fue nuestra primera gran discusión, y nos ha dejado tocados. Se ha abierto una brecha entre nosotros y decidí poner distancia de por medio. En el fondo he venido a buscar en la Isla la serenidad que necesito para ver las cosas desde otra perspectiva.

- ¿Y la estás encontrando?
- Me temo que no...

El Farero se levantó, y mirando por la ventana que reflejaba los últimos rayos de luz de la tarde me dijo:



- Cuéntame ¿cuál es esa decisión?
- Laia es informática, y es muy buena. La fichó hace un año una gran empresa. El sueldo no es muy grande, pero es un empleo fijo. Y ahora quiere dejarlo para empezar su propio proyecto. Una App. No te aburriré con los detalles...
- ¿Y tu qué piensas?
- Que no es realista. Que ahora tiene la oportunidad de tener una estabilidad laboral y la va a perder, y que se dejará la piel para tirar el proyecto adelante. Que no tiene ninguna garantía de que funcione y es demasiado arriesgado...
- Y supongo que eso es lo que le has dicho.
- Si, pero es que es lo que pienso. Aunque creo que mis palabras me están costando muy caras.

El Farero apuró su pomada, y tras una larga pausa me dijo:

- Ponte esta chaqueta mía que nos volvemos a la terraza de la torre.

No cuestioné la propuesta. Mi situación era suficientemente desesperada como para atreverme a cualquier experimento que pudiera



ayudarme, aunque en ese momento no podía intuir cómo. Subimos, y desde la terraza el farero se puso a contemplar el mar, con las últimas luces del día. Hacía mala mar, había entrado la tramontana, el viento del norte y las olas se distinguían claramente desde la altura del faro. El Farero le señaló un velero que navegaba cerca del cabo en dirección norte. Señalándolo, me preguntó:

- ¿Lo reconoces? Ha estado en Fornells estos días.
- No, para nada, y menos desde esta distancia.
- Es Philippe, un buen navegante. Viene cada año. Me gusta pasear por el puerto, y ayer estuve un rato con él. Me anunció que ponía rumbo a Argelès, su base. Estaba repostando en el puerto, y se le acercó el patrón de un barco vecino. Le advirtió: “entra Tramontana, lo vas a pasar mal. No tienes esloras para el mar que te vas a encontrar. Además viajas solo, y eso es muy peligroso ¿y si te sucede algo?”. Al cabo de un rato se le acercó un vecino amigo. Le preguntó si zarpaba, a lo que Philippe contestó afirmativamente. Lo miró fijamente a los ojos, y viendo su determinación le dijo, en el mejor acento que supo: “Bon voyage amigo”. Yo fui testigo de ambas conversaciones.

Allí terminó su relato. Yo estaba desconcertado. No sabía si preguntarle a qué venía esa historia, pero opté por no hacerlo, e intentar sacar mis propias conclusiones. Volvimos a la cocina sin mediar palabra. Tras sentarse de nuevo, fui yo quien tras un larguísimo silencio, en el que mi mente procesaba a toda velocidad, acabé diciendo:

- He sido como el primer patrón. Solo le he señalado a Laia los peligros.
- Me temo que sí. O al menos, lo que es seguro es que no le has deseado el “buen viaje”.

El farero vio cómo se me humedecían los ojos. Se apresuró a darme una explicación:



- Pau, cuando tomamos una gran decisión, cuando soltamos amarras, nos encontramos con dos tipos de personas: las que nos señalan los escollos y las que nos alientan en nuestra determinación. Las primeras nos hablan desde el miedo. Las segundas nos hablan desde la confianza en nosotros. Y nos hacen sentir la seguridad para iniciar el viaje. Dime una cosa: ¿crees en ella?
- Laia es buena, muy buena. Y tenaz. Consigue todo lo que se propone.
- ¿Y te parece una decisión irreflexiva por su parte?
- No, en absoluto; siempre ha dicho que era persona de emprender, y de hecho desde que terminó la carrera ha estado haciendo todos los planes...
- Laia se está planteando una decisión difícil, y por más preparada que esté seguro que tiene sus miedos. Con tus mensajes, y probablemente sin darte cuenta, se los refuerzas.
- Pero es que en el fondo pienso lo que pienso: que es un proyecto arriesgado, e innecesario en este momento.
- Y sin embargo es su proyecto. Y por lo que me cuentas no lo está precisamente improvisando. Pau, la clave es que tú, con tu comunicación, harás que salga adelante, o que tropiece con el primer escollo. Porque con miedo no somos buenos haciendo las cosas, no tomamos buenas decisiones. Con confianza sí lo hacemos.

Tras un nuevo silencio, y mirándome intensamente a los ojos, añadió:

- Te lo dice alguien que un día decidió dejarlo todo para ser Farero.

Salimos fuera. Yo tenía la moto aparcada en la entrada. Todavía quise ver la pequeña luz del velero que oscilando se alejaba ya del cabo. Con rumbo fijo, sin titubeos.

Ya con la moto en marcha le dije al Farero:

- Me has ayudado mucho. ¿me recibirás de nuevo o tengo que esperar otros diecisiete años?
- Te recuerdo desde entonces, y siempre serás bienvenido.

Ya estaba en marcha cuando oí al farero gritarme:

- Bon voyage!!!





WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2020 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ